

Siempre atrás

© Antonio Fernández Díez

Volver a existir, a fatigarse, a desconsolarse en solicitud del hombre esperado que siempre hemos querido ser o realizarnos o, por lo menos, experimentar, aunque muy débilmente. Sueños febriles sin objeto. Consideraciones al final desconsideradas. Horas de alivio invertido. Tan sólo aliento en vela por las nieblas de la noche por revivir lo fugitivo, la seguridad de lo pasado. ¿Tiempo malogrado? Un ser furtivo, extranjero, aún no reconciliado. Imaginación en vano. Rollos de lengua apostados en calles tapiadas para los verdaderos sonidos: los translúcidos y sencillos, los invertebrados que tiemblan porque conocen lo sentido, el sentido de la vida, el murmullo oculto que nos despierta con peculiar gruñido. ¡Disparates! Fatuas orquestas de agua, de llores, de irreversible ruido. Un mundo en una mano; con la necesidad, un desperdicio.

Qué pavor helado y definitivo siento al dispersar con palabras mis pensamientos sobre las hojas. Hubiera deseado no tener que escribir nunca. Es frío plasmar lo que piensas en algún sitio que no sea una ánima o un corazón humano, pero cómo podría, entonces, mostrarles los paisajes más bellos a personas que, estando ciegas, decidieran con soberbia anudarse un pañuelo sobre sus ojos. La solución se me presenta lejana y tardía. Si el alma no nos orienta, quién, y cómo, podrá enseñarnos la sana conducta que guía a los hombres entre ellos. Tal vez sea suficiente con recordar. Embarquemos de regreso y boguemos con avidez hacia la huella que queda petrificada detrás de nosotros y que la tierra conserva por siempre en sus entrañas como prueba de que alguien hubo encontrándose a su vez con otros cualesquieras. Cuando te sientes en gran medida parte de la naturaleza, resulta embarazoso vivir esta vida que se extiende, indómita, sobre valles extrañamente escalonados y que se renueva como un fino artificio retocado por manos ajenas.

¡Qué difícil es, ahora, recordar! Recordar para bien, pero recordar. Lastres perdidos que no sabemos dónde irán a parar. Desconocemos las lindes del camino y a la vez sentimos que siempre nos acompaña un principio y un final y una voz que, augurándonos sin recato los secretos del ser, retumba en nuestros encanecidos tímpanos como un golpe mundano de una gran piedra en busca insistente de cobijo. Tal vez es el precio que hay que pagar por saber que existen caminos, ciertos o no, pero que existen. Tentaría a la nostalgia cada minuto, retrocediendo sin cesar a mis días fastos. Ya no puedo ocultar más mis letras ni quiero ensombrecer inútilmente mi camino más de lo debido al permanecer, perpetuo, rezándole a la dicha. Conozco la utilidad que me ha sido dada, sé que todas mis grietas, incluso las que nunca olvido proteger con compacto adobe de mi sangre, rebosan por doquier el agua de un manantial infinito y especial, y sólo espero ser capaz de demostrar que las letras se han convertido en mi pasaporte para la comprensión y la fraternidad, y que alguien podrá averiguar algún día, aunque no sea quienes yo quisiera, los verdaderos rincones de uno de los corazones más complejos en los que ha invertido la vida.

Enrolarme en las filas de la camaradería es lo que anhele. He encontrado espíritus afines al mío y épocas afines con diversas edades afines también en su interior, pero qué puedo hacer para concebirlos dentro de mí como un nacimiento natural, al igual que la

vida nos dispensa a todos. Los siento como fuerza de mis fuerzas, mientras ellos se independizan para probar las suyas y acabar en la miseria. Un espíritu también se parte, y mucho más si es frágil. Mi alma impele con la furia más descontrolada y avasalladora contra el arrobamiento del cuerpo, el cual está por naturaleza tan corrompido que se olvida a menudo de los suspiros y ensueños de los bellos espíritus. Sólo mi alma tiene pretensiones: formalizarse en sí misma al despojarse del cuerpo. No guarda recobrar nada. Sólo quiere ser; quiere hacerse humana, verdadera humana, y apreciar la impresión a la que se expone cuando se sienta liberada o reflejada en sí misma. Ha de sentirse tan plenamente viva como es ella en realidad. Tal vez el cuerpo no permita a los hombres expresarse como advierten que se han de expresar. El caballo se desfoga de la manera en que sólo puede hacerlo; sin embargo, el ser humano se desfoga como un caballo, y no como requiere su naturaleza. ¡Maldita sea! Se han olvidado de nuevo del alma, porque han decidido temporeggiare en su contra.

Hace ya meses que las paredes del corredor por el que andaba se empezaron a entristecer de improviso y a cernirse contra mí efusivamente, estrechándome en sus níveos brazos como una madre desconsolada y alentándome, sin penuria, sobre la marcha que ha de llevar mi destino, troceado en ramas secas como la muerte pone en entredicho o, con vitalidad inusitada, apegado comprometidamente al sobresuelo. La muerte -decía una romántica señora- es la rama seca del Tiempo que nos separa de la raíz fresca de la Eternidad. ¿Qué es el tiempo sin eternidad? ¿Qué es la eternidad fuera del tiempo? Tristemente, con sobresaltos de punzadas inesperadas por el momento, imagino en cualquier tiempo el recuerdo. El viento es recuerdo. Ignoramos su lugar de origen, emana con vehemencia sin previo aviso en respuesta de sí mismo, nos tranquiliza o nos sobrecoge por su flujo y reflujo descontrolado y nos propende a tentar al tiempo hasta acabar desorientados en trances deambulantes de imaginación exánime.

La muerte nos hace recordar con un filo demasiado puntiagudo para nuestra carne. Desprende una crueldad marchitada por su propio movimiento. Nos aleja, en su turbio y espeso remolino de vueltas de la vida, del breve y jamás recobrado instante en que creímos saber, al observar en la gruta tácita y recóndita de los corazones de los hombres, quiénes éramos y con qué propósito. Las leyes infundaron una conducta racional, pero no más que la que nos hacía parte idéntica a la tierra que pisábamos y que nos amedrentaba, sin mofarse mediante representantes pérfidos, con temblores que reaparecían trastocando naturalmente nuestros huesos.

¿Por qué siempre hemos de volver la mirada atrás? Confío, si no nos ha sido prometida tras la muerte una tierra inmaculada, en no trascender más allá de mis huesos y de las murallas que rodean los dominios de los hombres en aras de un absoluto e íntimo entendimiento. Es la ley de la vida la única que fluctúa por el orbe pleno. Es el amor en su forma más pura -la sabiduría- aquello que nos sustenta, y, además, es el amor al amor lo que en principio nos proporciona aliento para continuar en la existencia y en la búsqueda de su esencia.

Se doblega el firmamento ante nuestra mirada, el horizonte planea, con baños de sangre intemporales, al desprenderse de la tierra, cayendo expelido por nuestro viento en los abismos del patíbulo del universo. Es la ley de la vida, el primitivo, sempiterno y último hálito de esperanza y consuelo.

Todos somos sensibles, en mayor o menor medida, a las circunstancias que nos comprenden. Pero a unos se les enmudece más el alma al contemplar, por ejemplo, la escabrosa y sombría indeferencia de la vejez que al ser maltratados por dolores corporales. Es cuestión de sensibilidad. Yo puedo asegurar, incluso poniendo en juego mi vida y en tela de juicio mi palabra, que mi espíritu se ha contraído a menudo de sufrimientos y dolores tan bruscos e insoportables que he perdido la paciencia respecto a algunas cosas, las cuales nunca hubiera esperado desestimar o dejar relativamente de lado. A veces dudo, con desesperación por encontrar una respuesta, si mi melancolía o mi profunda tristeza la adquirió mi alma con derecho desde el primer día en que salió a la luz, quedó exhumada y se dio a conocer, o si el cáncer permanente que es mi familia me la impuso con cadenas irreversibles, cuya llave fue arrojada a la desesperación más enorme que un ser humano pueda expresar, la desesperación de la existencia, el deseo de no-ser o la imposibilidad de seguir siendo. Todos dirán que todos sufrimos, que la vida no es fácil y que ninguno deja de tener grandes problemas, que provocan suficientes disgustos, pero yo no hablo de problemas. ¡Maldita sea! Pocos saben qué se experimenta al socavar en tu alma el dolor, un dolor casi de otro mundo, tan profundo y sediento como los caracteres que Shakespeare creó. “Todos nacemos libres y en todas partes nos encontramos encadenados,” dijo una de las almas más puras, porque tal vez sintió la condescendencia de los dolores más absolutos y abominables, aquellos que lanzan a la locura, a la desorientación, a la insociabilidad, a la situación en se vería un ángel anclado a un mundo de pequeños y despiadados diablos en la tierra. No pretendo la desvinculación de mis vínculos, sino la vinculación a la eternidad y a sus restos esparcidos por las cumbres de las tierras, que, entre nefandas mesetas, reniegan en la noche adúladora su densidad inmaculada, la cual reverbera, grandilocuente, digna, desmesurada, en su forma natural. Apelemos a la naturaleza en su propio nombre para que nuestro despropósito en vida no agrave las fuentes de la tierra ni se trueque en falsas banderas de esperanzas desvanecidas.

Siempre atrás... ¿Acaso la naturaleza ostenta sólo superfluidad? Somos parte de los mares, porque nuestra materia esta hecha de agua, los vientos mecen nuestros apetitos porque padecemos dominios e impulsos que no salen de nosotros, nos acecha también el fuego helándonos el alma y quebrándonos las formas, e inhalamos a diario masas ingentes de tierra porque nuestros pies nunca se separan del suelo; aun así, la singladura que emprendemos envanece los ánimos en menoscabo de una aparente y dulce velada con la verdad, una verdad de paja, de establo, de puercos. La fantasía se torna crueldad, y la crueldad desvanece la espontánea alegría. Superchería. Vanagloria, perfidia, untuosidad y desmembramiento. Lágrimas del mar lloviendo. Rebelión natural. Despecho ajustado en los comicios de la primavera. Albores de guerra. Ahora sólo almas ensangrentadas, infundidas de miedo, a rastras por la arboleda de los misericordiosos, exhaustos por la contemplación de vidas en pena. Sensibilidad desbordada, una riada portentosa afligida por su vasto caudal. Desinterés valeroso, sollozando, por desconsuelo, albergando, por santidad, y esperando, por necesidad, lo menos, lo habitual, lo dado, un sencillo recuerdo. ¡Ya! Vueltas a traspasar las fronteras, ¿merece la vida intentarlo de nuevo? Cuestión de entierro. Sepulturero o cementerio.

Las almas han brindado ya en un mismo escenario con motivo de las escenas del vuelo. Los premios se retienen en la amarga trastienda, porque el tono de la entrega adquiere un susurro de desvelo. Los fámulos, todos, desaprueban por envidia las armas de sus compañeros y, a su vez, en preciso momento, los detractores de unos mascullan, entre oreja y oreja, entre despiste y despiste, los planes del impropio. Los subterfugios

nacen con él. La flora se ha bañado de fauna, y su naturaleza lucha por no disentir, alucinada, extasiada hasta el entumecimiento de sus entrañas, de la tarea que la fue entregada: acompaña, pero no desestimes; abarca, pero no oprimas; haz vida y revitaliza en solemne continuidad, pero no te creas con el derecho, ni por tu natural naturaleza - nada más puro y vívido que tú-, de determinar el aliento de los que observas. Se tú, se tú propia. Tú, el aroma que ha de inspirar el nacimiento de tus semejantes y no ha de cambiar pese a que tú misma, en tu inmensidad, engendraras vástagos de sufrimiento.

En otro orden, clamaría al cielo por enajenar mi vida por falta de recuerdos. La brisa de ahora me confunde con los suspiros de los seres con los que vivo y de los que concluyo la inestabilidad del ser en detrimento de la vida como un callejón de antigüedades en donde el recuerdo, abrumado por los años, ni siquiera perfora en los corazones ya un tanto castaños, y mi cuerpo se pregunta por las pautas de conducta que se le ocultan a causa de la lucha con su propia forma, estigma del más atrofiado injerto de desesperanza y arraigo inmundo. Mi tristeza se ha tornado plañidera de almas para gemir a partir de ahora por el amor que siempre irradió dulces ondas de sangre aterciopelada, amor ducho en sus amores, y, como el alma es lo único y lo más grande que tengo, prevalece por delante de las masas mi vida sin esferas de nuevas confabulaciones borrosas, y furiosas por no encontrar su anhelado sustento.

Cabizbajo, con sentir agreste, camino por las mejores cumbres subterráneas, de las que venimos todos y que muchos nunca recordarán, porque desde la tierra es ya lo único que se puede apreciar con la mirada de un faccioso de almas, contrito por innúmeros pesares anónimos, y no por el suspenso, degradante y tísico, de mis glaucas esponjas espesas, que bañan y suavizan con su contracción eterna cualquier fuga de sangre enervada. Recordaré por todos vosotros, mundo, vuestros mejores recuerdos, mientras el vigor que la naturaleza enclaustra en las almas no os desfallezca de nuevo. Ahora me manejo y me muevo a diario con un solo dedo que me indica a cada paso si está bien lo que hago o a lo que me entrego, sin entristecerme, medroso, por mis casualidades, incluso irreparables, de cuño tan caprichoso como la crueldad de vuestras manos. No me reprochéis mi sosiego, estoy inmóvil, como podéis observar sin disimulo, pero tan activo que he olvidado el significado de esa palabra misericordiosa y complaciente, el consuelo. Tampoco soy bípedo, lo he perdido todo, no tengo escamas, y respiro sin agujeros, no estoy cubierto de vello, sino de niebla, y mi cama es el aire libre, la confortable y más exigente claridad, la claridad del día y la claridad de la noche, el brillo del dedo desarraigado entre páramos de nobleza en serena compañía, la temporalidad del nacer y renacer constante del porvenir, la plegaria por recobrar nuevas manos, nuevos e ignotos dedos y miembros y toda clase de sueños, unidos como antiguamente por unívoco deseo.

Que la inquietud sólo fuera un trance macabro propinado por lo conocido, que lo desconocido fuera la palabra de engrase de nuestros huesos y organismos, y que fuéramos motas infinitamente dispersas, sin sitio, dispersas por donde fuera, por anhelos sin conocimiento de lo desconocido y lo conocido. Que fuéramos un solo cuerpo con el ritmo más parco, el del alma al estremecerse culminada.